



A LA IMPENTERIE
ALFREDO P. ALENCART
PROFESOR DE LA USAL

PARA NO OLVIDAR A FRANCISCO DE SALINAS



En los interrogatorios en defensa de Fray Luis, el comisario Rodríguez, encargado por la Inquisición de Valladolid para que preguntase a ciertos testigos salmantinos, deja constancia de lo declarado por el maestro Francisco de Salinas, el 7 de enero de 1573, con relación a las frecuentes visitas que Fray Luis le hacía, donde, anota Rodríguez: «...comunicava con este testigo cosas de poesía y otras cosas del arte...».

Imborrable y definitiva ha resultado, para la historia de la poesía y de la Universidad de Salamanca, esa tercera oda acopiada en la breve obra poética completa del magno Fray Luis de León. Por ella, el amigo músico que confesaba que sus encuentros giraban en torno a la Poesía (para mí el sol de los ciegos y el Verbo del principio) y a esas otras artes, como la Música, ha quedado cincelado en el imaginario de los muchos que van deleitándose, siglo tras siglo, con unos versos tan hermosamente tallados, además de constituir un grande encomio a la figura del ciego catedrático de música: 'El aire se serena/ y viste de hermosura y luz no usada, / Salinas, cuando suena / la música estremada, / por vuestra sabia mano gobernada. // A cuyo



son divino / el alma, que en olvido está sumida, / torna a cobrar el tino / y memoria perdida / de su origen primera esclarecida...'

Pero, hay que reconocerlo (y yo el primero), mucho ignorábamos de la obra propia de Francisco de Salinas. Unas pequeñas citas por aquí, algún lánguido comentario sobre su sapiencia en torno a la teoría del ritmo, por allá, junto con sus aportes a la musicología europea del Renacimiento. Tal vacío para los profanos ha sido subsanado, y de forma notable, con la publicación de la edición facsimilar del tratado escrito por él, y publicado en Salamanca por Matías Gast, el año 1577.

Ha sido la Oficina del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca, hasta hace unas semanas dirigida por mi querido Carlos Palomeque, quien impulsó la edición de un tesoro titulado 'De musica libro septem', el fruto destilado por el propio Salinas. Él tuvo que salir a Italia para corroborar sus carencias

teóricas: «Aquí, tratando con tantos eruditos como siempre hay, me llené de vergüenza al darme cuenta de que no sabía nada del arte que profesaba...».

Y por ello aprendió, y por ello legó una obra perdurable. Hay que dar gracias abundantes a Amaya García Pérez y a Bernardo García-Bernalt, quienes cuidaron la edición, especialmente por sus ineludibles estudios introductorios, fuente preciosa de datos para quienes tanto desconocíamos del trabajo de Salinas. Margarita Becedas, custodia de ese reino o paraíso llamado Biblioteca Histórica, también aporta unos datos sustanciosos sobre el original que se encuentra depositado allí.

No más olvido de su propia obra y, como decía Fray Luis: '¡Oh, sueñe de contino, / Salinas, vuestro son en mis oídos, / por quien al bien divino / despiertan los sentidos / quedando a lo demás amortecidos!'